

Finalmente, hay que agradecer, sin duda alguna, la generosidad con que Isabel ofrece su información de primera mano, convertida y procesada en cuadros de una claridad y rigurosidad ejemplares. Desde ese punto de vista el trabajo de Isabel sobre los extranjeros en San Luis Potosí, en la primera mitad del siglo XIX, representa un parteaguas para quienes quieran continuar sobre el tema, tanto para los estudios que de ahora en adelante se hagan en San Luis Potosí, como para otros estados y regiones. De ese modo ese añoso encuentro de Isabel con los extranjeros ha resultado tan fructífero que lo veremos, de muchas maneras y durante mucho tiempo, seguir dando buenos y abundantes frutos.

Patricia Arias

Universidad de Guadalajara

CLAUDIA AGOSTONI, *Monuments of Progress. Modernization and Public Health in Mexico City, 1876-1910*, University of Calgary Press, University Press of Colorado, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003, 228 pp. ISBN 1-55238-103-X

La febril actividad de albañiles y el movimiento de materiales de construcción necesarios para levantar los grandes edificios eclesiásticos y una nueva ciudad capital, después de la destrucción de Tenochtitlan, no tuvo paralelo en la historia de México sino hasta el porfiriato. Éste es la época que reseña *Monuments of Progress*, cuando la paz y los recursos permitieron arreglar aspectos de la infraestructura urbana que llevaban siglos de atraso. Una ciudad, se decía, era como el cuerpo humano y había que atender sus partes espiritual-moral-estética y material. Esta dicotomía provee el hilo conductor del libro, en el cual se fusionan

dos temas aparentemente alejados uno del otro: los monumentos cívicos y la salud pública.

Ninguno de los dos asuntos interesaba demasiado al pueblo o al menos éste nunca tuvo un portavoz que diera a conocer sus ideas al respecto. Las autoridades porfiristas, por supuesto, dudaban que los analfabetos, los trabajadores o los vagabundos fueran capaces de formular una opinión en cuanto a los servicios que prestaba la ciudad ni al sentido de la vida urbana. Era evidente para la aristocracia, la naciente clase media y los gobernantes que el bienestar de la capital, el hogar de todos, sólo se lograría si las condiciones insalubres mejoraran, las que eran provocadas, sobre todo, por los pobres y no tanto por mala planeación, descuidos, corrupción o falta de servicios. Se consideraba que los pobres y los indígenas, alejados de sus “virtuosos” orígenes prehispánicos, vivían en entornos sucios, miserables, contaminados y malolientes, con el agravante de la degeneración moral que era connatural a los barrios bajos. La sociedad capitalina de buen tono había olvidado, o nunca conoció, la admiración expresada por el ilustrado jesuita Francisco Xavier Clavijero al describir las instituciones anteriores a la conquista, basadas según él en la honradez y el sacrificio por el bien del conjunto de habitantes del imperio mexica. Tampoco recordaban el asombro y desaprobación de los primeros franciscanos que no comprendían por qué los alumnos neófitos de Santa Cruz de Tlatelolco, en 1530, insistían en bañarse a diario. Según el criterio de la época, el exceso de limpieza era cosa del demonio.

El indio ciudadano decimonónico y su compatriota mestizo eran, según algunos escritores, ignorantes, perezosos y presas de todos los vicios, estando el alcoholismo en primer lugar. Hablar de vicio al mismo tiempo que de pobreza denota un cambio de mentalidad, pues en siglos anteriores se consideraba que había miseria debido a los escrutinios impenetrables de la Divina Providencia. La pobreza era una condición que había que sobre-

llevar con paciencia y con la esperanza de vida eterna como recompensa. No era sinónimo de vicio, ni mucho menos, sino que existía dentro del gran plan eterno para darle a los ricos la oportunidad de salvarse mediante la caridad. Si no había pobres, no la podían ejercitar. Relacionar el vicio, la miseria y la ignorancia (antiguamente tan cerca de la ingenuidad, tenida por virtud especialmente en la mujer) eran características de la modernidad y de la secularización de la cultura.

En este recuento de los esfuerzos por limpiar la ciudad sobresalen los regaños prodigados a los pobres. Se denunciaba lo peligroso e inconveniente que era meter a demasiadas personas en una sola habitación, no tener agua corriente, no alimentarse bien, enfermarse, como si todo esto fuera culpa de los que lo sufrían. Parece que los higienistas no visualizaron como causa de la insalubridad los bajos sueldos, el desempleo, la falta de vivienda económica y la imposibilidad de mejorar las condiciones de vida sin los recursos necesarios. El discurso de la época da la impresión de que los sujetos andrajosos, sucios y enfermos querían ser así y que sólo les faltaban conocimientos o voluntad para transformarse en ciudadanos modelo. Educarlos y moralizarlos era la solución. Lo que requería inversión de recursos monetarios, como construir el desagüe, limpiar y pavimentar las calles, vacunar a la población, crear espacios públicos y áreas verdes para el recreo y la formación estética, nunca se realizó plenamente, aunque el gobierno porfirista avanzó mucho más en este renglón que cualquier otro de sus predecesores. Desde luego que crear una infraestructura más incluyente y adecuada para la ciudad no resolvía el problema de fondo, la falta de una justa distribución de la riqueza que nadie quiso reconocer.

Monuments of Progress se enfoca a otro tema, aludido ya en relación con los indios demasiado bañados, que es el del cuerpo. La preocupación decimonónica por el cuerpo es la antítesis de las antiguas prácticas religiosas. Las reglas monásticas, fueran

dominicas, franciscanas o agustinas, especificaban que una monja podría bañarse cuatro o cinco veces al año. Se veía, en la ciudad de México todavía hace unos 20 años, a mujeres que llevaban el hábito de la tercera orden carmelita, que supuestamente no se quitaban hasta no cumplir alguna promesa en agradecimiento de un favor recibido. Esto en teoría significaba no bañarse. Había que mortificar la carne. Los manuales de higiene, que nuestra autora ha estudiado a fondo, también hablan de los baños, que habrían que tomar con moderación. La costumbre para las buenas familias citadinas durante el porfiriato estaba lejos de los jicarazos cotidianos o del uso de la tina diaria, pero sí se aceptaba el baño semanal, siempre que se hiciera con prudencia, con agua apenas tibia, cuando no reglaba la mujer, etcétera.

La limpieza del entorno importaba más que la del cuerpo. Había recomendaciones para barrer tres veces al día una habitación. La limpieza seguía reñida con el pudor, pues a pesar de promover el barrido, sacudido y ventilación de las piezas de una casa, cuando se trataba de la recámara matrimonial, según el *Manual de urbanidad* de Carreño, habría que mantener cerrada la puerta a todas horas, por ser un espacio reservado a la intimidad conyugal.

Cuerpo, casa y ciudad: los tres eran objeto de los desvelos de los médicos y los que hoy llamaríamos urbanistas. El libro de Claudia Agostoni hace hincapié en el último. Encuentra una preocupación reciente, un amenazante peligro que necesitaba y podía remediarse: la suciedad. La creencia en la capacidad del ser humano de modificar el entorno y de controlar las fuerzas de la naturaleza renace con el positivismo. Las inquietudes por la buena policía de la ciudad no se originan con don Porfirio. Los ilustrados y sobre todo el virrey Revillagigedo, como bien lo anota Agostoni, tomaron importantes medidas para ordenar la vida urbana, resolver el problema de la basura, enumerar e iluminar las calles y mejorar la circulación tanto del aire como del tránsito animal y humano. Y si vamos más atrás, está el enorme

esfuerzo de excavar el canal del desagüe de Huehuetoca, que tantas vidas cobró en su construcción. A partir de la Ilustración, importada a la Nueva España a mediados del siglo XVIII, existe un claro reconocimiento de lo que afectaba adversamente a la ciudad. La falta de recursos frenó su compostura, no sólo la ignorancia o la apatía.

El libro aquí reseñado muestra la lentitud con que desaparecen viejas teorías. A pesar del descubrimiento de los gérmenes, la gente se aferraba a la teoría de las miasmas y al convencimiento de que el aire llevaba la enfermedad. Hemos vuelto a reconocer el papel que desempeña el ambiente en la salud; la sabiduría popular no andaba tan equivocada. El aire, efectivamente, transporta patógenos y elementos contaminantes que minan la salud. Llama la atención la iniciativa del médico, apuntada por Agostoni, que propuso desinfectar el aire para volverlo más saludable, sólo para sufrir la burla de sus colegas. La historia que encontramos en *Monuments of Progress* es rica en este tipo “de conocimiento falso”, cuando los médicos y las autoridades hacían afirmaciones categóricas erróneas o juicios de valor sin sustento. Declarar como lo hacían los higienistas del porfiriato, que más personas morían en la ciudad de México que en cualquier otra ciudad del mundo, con la posible excepción de algunas africanas, era temerario, ya que no existían las fuentes que avalaran esta declaración. Destinar las aguas negras al campo para fertilizarlo es una práctica que hoy nos llena de horror y el índice de amebiasis entre la población atestigua el resultado. Subyace, en esta propuesta, un profundo desprecio hacia el campo. Como dice nuestra autora, la idea era llevar el agua limpia del campo a la ciudad y devolver la sucia al campo, dizque para regar y abonar tierras áridas. En ningún momento alguien pensó que no era un intercambio muy equitativo. Al mismo tiempo, muchas fueron las investigaciones hechas por los científicos positivistas, quienes buscaban la verdad en la experimentación y la observación, pero

sin vencer sus prejuicios personales. Por otro lado, en algunos casos una costumbre tradicional reaparecía, como purificar el agua al agregarle trozos de carbón vegetal. Este remedio se había utilizado durante el virreinato en los aljibes de los conventos para evitar que el agua almacenada se pudriera.

No cabe duda que los médicos, intelectuales y políticos citadinos sentían un gran desprecio por el ambiente rural, salvo el del hacendado que gozaba de una posición privilegiada. Se decía que la cultura campesina era rústica, inferior a la citadina, y uno de los grandes problemas de México era convertir en ciudadanos civilizados a la gente que emigraba del campo a la ciudad. Estos recién llegados tenían que aprender a no bañar a sus caballos en las fuentes, a no defecar en público, a no usar la calle como taller o cocina, con basura tirada por doquiera. Lo que no causaba problemas en el campo, por el espacio amplio o por la descomposición rápida de materia orgánica, en la ciudad se convertía en foco de infección. Las múltiples ordenanzas municipales muestran la lucha de las autoridades por hacer que la gente se portara debidamente dentro de la demarcación urbana, que tuviera conciencia de pertenecer a una comunidad, donde los actos de una persona influían necesariamente en la vida de los demás. La convivencia era un arte que se aprendía y la salud de cada individuo dependía de la limpieza del prójimo. La lección fue y es difícil de asimilar y convertir en hábito de vida. Es sólo al final del porfiriato, como menciona la autora, cuando el romanticismo de autores como Federico Gamboa idealizó el campo y lo contrastó con la pobredumbre e inmoralidad del ambiente urbano que podría corromper la primitiva pureza de alguien como la heroína de su novela *Santa*.

Monuments of Progress reúne los intentos por crear una ciudad cosmopolita, el México moderno, que seguía del México mexica y del México virreinal. Los ciudadanos tenían que aprender a apreciar y a cuidar los monumentos que rendían honores a sus héroes fundacionales, adoptar los modales de la convivencia

citadina, sintonizarse con la naturaleza cautiva de parques y jardines, espacios públicos que aprenderían a cuidar. El mito del indio limpio se había desvanecido ante la evidencia de ropa sucia y holgazanería. Había que imponer la higiene en público y en privado, en la calle, en la casa y en el cuerpo. Las obras públicas eran lecciones materiales para guiar a la ciudadanía en este proceso. Sin embargo, los grandes monumentos, edificios, parques y jardines del porfiriato enmascaraban las desigualdades sociales. Las colonias proletarias no tuvieron luz eléctrica ni agua potable ni recolección de basura, pero se supone que sus moradores eran felices al poder recorrer un domingo el Paseo de la Reforma y admirar sus dimensiones y las estatuas que lo adornaban. Las grandes obras necesariamente favorecían a unas localidades e ignoraban a otras. Las gigantescas iglesias de los siglos pasados lo comprueban.

Con la revolución mexicana (con esto concluye el libro), el Estado dio otro sentido a las obras públicas. Ahora se trataba de “reconstrucción” y al mismo tiempo de echarle lodo a lo logrado durante el porfiriato. Según la retórica oficial, las obras públicas remediarían la desigualdad social y gracias a la Constitución de 1917 el derecho a la salud mental y física estaría garantizado. El Estado se fortalecía a tal grado que desempeñaba el papel de rector supremo de la vida: asegurar la salud mental de sus ciudadanos es de una presunción ilimitada. Al aumentar su poder, el Estado se involucró, como nunca antes, en la vida privada de los habitantes, llegó, en algunos casos, a suplantar a la Iglesia.

En todo el trabajo de Agostoni, “modernización” es la palabra clave. Para los defensores del régimen de don Porfirio, el término era sinónimo de orden y progreso, moralidad, urbanidad, respeto, admiración por los héroes y la historia nacional, orgullo por la belleza y funcionalidad de la ciudad de México y el papel rector que desempeñaba. “Modernización” también significaba limpieza, calles pavimentadas, casas pintadas y ventiladas, ropa

lavada, cuerpos perfumados, y al mismo tiempo ausencia de basura, aguas estancadas y desechos humanos. El agua, tan apreciada hoy, es el gran villano en la historia analizada en este libro. Había que acabar con ella, sacarla del subsuelo (otra idea equivocada de la ciencia de aquel entonces), conducirla rápidamente fuera del valle de México, acabar si era posible con el lago de Texcoco. Un ambiente sano era uno seco. Falta decir que modernización también significaba la creación de un ambiente limpio y seguro para el inversionista extranjero, con medidas de higiene y construcción de obras públicas suntuarias que subrayaban las contradicciones del régimen y los inequitativos ingresos. Claudia Agostoni nos obliga a reflexionar acerca de estas políticas, su costo, su impacto en el ambiente y su benéfica influencia en la calidad de vida de algunos habitantes de la gran ciudad que dejaban a un lado a la gran mayoría.

La estructura del libro, compuesta de dos temas que sí se complementan, pero al mismo tiempo podrían haber sido tratados cada uno por separado, hace que algunos apartados parezcan forzados dentro de una narrativa cuyo hilo conductor es la salud. En realidad la única crítica que se le podría hacer a *Monuments of Progress* es no haber subrayado más las ligas entre los monumentos y las políticas de sanidad pública. Ambos marchaban hacia el progreso, sin duda, pero hay información en la primera parte, como la posición económica de la metrópoli respecto al resto del país, que no atañe directamente al tema. En estos pocos casos, da la impresión de haber reunido en un solo texto, dos trabajos independientes.

Todo el libro tiene que ver con la imagen de la ciudad de México y el esfuerzo del régimen por legitimar el ejercicio del poder. Los monumentos creados durante el porfiriato son lecciones de historia para los habitantes, símbolos de unidad nacional, testimonios de la supuesta supremacía del Estado sobre la Iglesia como fuerza económica y política, ganadas en el campo de bata-

lla. Cuando Agostoni analiza el sentido del progreso en México, observa que los reformadores se dieron cuenta de que era más fácil construir un ferrocarril que cambiar los usos y costumbres. Como nota con agudeza la autora, en el cuadro de José María Velasco, “Puente curvo del Ferrocarril Mexicano en la cañada de Metlac”, está el tren pasando por la obra de ingeniería maravillosa que era el puente sobre una barranca muy profunda, símbolo de la modernidad, pero brilla por su ausencia un mexicano, tal vez el máximo obstáculo al progreso deseado. Habría que describir la continuidad de estos esfuerzos por modernizar la ciudad y hasta dónde llegaron. Ojalá que la persona que emprenda ese trabajo lo haga con la misma dedicación que la autora, con un aparato crítico e índice temático y onomástico igualmente meticulosos y bien hechos.

Anne Staples

El Colegio de México

AIMER GRANADOS, *Debates sobre España. El hispanoamericanismo en México a fines del siglo XIX*, México, El Colegio de México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 2005, «Ambas Orillas», 381 pp. ISBN 968-12-1158-8

El hombre de la situación (1861) la segunda novela de Manuel Payno, cuenta que don Fulgencio embarcó en Cádiz a su vástago con el propósito de recoger “un poquillo de oro”,¹ Flojo, marrullero y fanfarrón, Fulgencio “el chico” encontró acomodo como criado de escoba en un cajón de ropa del Parián, propie-

¹ Manuel PAYNO, *El hombre de la situación*, prólogo de Adriana Sandoval, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2002, «Obras completas XIII», p. 31.